

Marionetas de la complejidad latinoamericana

Bruno Moreno ¹

Resumen

En este artículo, el periodista y académico brasileño, Bruno Moreno, comenta un texto publicado en el número 13 de “Umbrales”. Su repercusión en el extranjero operó gracias a la red de CLACSO que ofrece el contenido de nuestra revista en su sitio web. El autor desarrolla la idea de que muchos de nuestros esquemas explicativos en América Latina operan sin la profundidad necesaria. Un ejemplo de ello sería la manera en que se evalúan las guerras entre nuestros estados.

Summary

In this article, the Brazilian journalist and academic Bruno Moreno comments on a text published in Issue 13 of “Umbrales” (Threshold). Its international impact was possible thanks to the CLACSO network, which offers the content of our magazine in its website. The author develops the idea that many of our explanatory schemes in Latin America operate without the necessary depth. An example would be how war between our states is assessed.

1 Periodista, licenciado en Comunicación Social por la Universidad de Rio de Janeiro (UERJ). Actualmente cursa la Maestría en Ciencias Políticas en Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Buenos Aires. Correo electrónico bruno.moreno@gmail.com

Interesante artículo el del comunicador y politólogo Rafael Archondo (Umbrales N 13, 2005) sobre la Guerra del Chaco, que tuvo lugar entre 1932 y 1935 con la participación de Paraguay y Bolivia.

Es muy común entre los actores sociales, periodistas e historiadores la idea de que se trataba de una lucha que tuvo como trasfondo, motivación y sostenimiento los intereses de los gigantes norteamericanos y europeos del petróleo. En su artículo *La Guerra del Chaco: ¿hubo algún titiritero?*, Archondo trata de arrojar una luz diferente sobre el conflicto, considerado el más cobarde y sangriento de la historia de Sudamérica, con un saldo de entre 80 mil y 90 mil muertos contando soldados y civiles.

Creo que es importante conocer mejor esta guerra para examinar los hechos recientes de la vida política y económica del continente, que suelen ver la realidad bajo un cristal apasionado y poco crítico.

Así ocurre, por ejemplo, con el estigma poco criticado de una “dictadura de Evo Morales,” que amenaza a las empresas de energía en Brasil, o el “proyecto socialista e irresponsable” de Rafael Correa, vistos ambos como actitudes intencionales dirigidas a afectar al gigante del continente. También abundan los ejemplos en el bando contrario, que conforma la defensa extrema de los países bolivarianos. Así tenemos la idea de que la democracia “étnica” de Evo no tiene ningún tipo de contradicción, o que la nueva revolución socialista de Hugo Chávez no muestra riesgos dictatoriales preocupantes.

Aunque el texto de Archondo esté muy alejado en el tiempo e incluso en el contexto de los hechos actuales y no se trata de una tesis detallada, sino un intento de explicar un acontecimiento pasado, es un esfuerzo por mostrar que necesitamos ser muy cuidadosos al examinar cada situación. Aun más cuando ésta involucra a “países hermanos”, cuyo pasado bélico fue más activo de lo que pensamos, y que actualmente establecieron una conexión económica con algo de interdependencia y

que políticamente se han convertido en un bloque heterogéneo, aunque representativo, ante otras naciones. Como sabemos, “las verdades” pueden esconder datos dentro de ellas, informaciones no conocidas en su tiempo histórico, y la velocidad de las noticias puede ser fruto de una irresponsabilidad periodística por no tener la necesaria comprensión intelectual (un tipo de acercamiento con poca profundidad de la Historia y del desarrollo de las naciones interesadas) y simbólica mínima (por no compartir la visión del mundo de las personas de estos países). Es como si la Guerra del Chaco estuviera ocurriendo en estos días y leyéramos en los diarios ideas repetitivas, acríticas, interesadas o no, y retransmisoras de estigmas poco debatidos de culturas que no conocemos, de mecanismos ajenos a nuestro entendimiento que de a poco se consolidan y van envolviendo en tinieblas en vez de dar a luz a un hecho histórico muy complejo.

Guerra del petróleo ¿Quiénes estuvieron involucrados?

La voz común nos dice que el conflicto bélico empezó con la disputa de los dos países por la región del Chaco, que se suponía rica en petróleo, producto éste que había adquirido un importante protagonismo tras la Primera Guerra Mundial y que ha pasado a mover la economía mundial y los grandes conglomerados económicos. Es el principal combustible de un modo de vida planetario que en esa época permitía la ocupación de la ciudad y el aumento de la producción de bienes de consumo cada vez más complejos e dependientes de él.

En aquellos días, el petróleo adquiría una fuerza inédita y un contrapunto: la escasez de áreas para su extracción. Dos empresas encabezaban la lucha por mercados internacionales: la estadounidense Standard Oil, propiedad de Rockefeller, y la Royal Dutch Shell, cuyo capital era inglés y holandés, además de contar con protección militar de la escuadra británica. La Standard Oil enfrentaba momentos muy difíciles en su propio país. A menudo

era acusada de actuar contra las leyes de monopolio y también por sus métodos ilegales usados con el fin de expandirse. A la vez, necesitaba enfrentarse al rápido avance de Dutch Shell, que tenía territorios en Asia, cerca de importantes mercados como China y Japón, además de su cabal influencia en la Argentina, el país más importante del continente sudamericano en aquellos días. Bolivia, conocida por la gran cantidad de plata bajo su territorio, fue una de las elegidas por Rockefeller para explorar y buscar nuevos pozos con el fin de garantizar un productor y un mercado de reserva. La Royal Dutch Shell, por su parte, se hacía beneficiaria de la histórica dominación británica en la economía argentina y presionaba al gobierno de este país para que cediera a sus intereses, uno de los cuales era la expulsión de la rival Standard Oil de su territorio.

Como nos enseña el historiador brasileño Moniz Bandeira, Bolivia en aquellos días era un área mesopotámica que se había quedado sin salida al mar. Y, por ende, carecía de vías propias de exportación. Tras perder la guerra ante Chile (1879-1883), perdió su franja en el océano Pacífico y tuvo que hacer distintos acuerdos con el país vencedor: al final, solo podría llegar a este océano por medio de ferrovías que cruzaban el desierto chileno de Atacama. En el otro lado del continente, Bolivia necesitaba terminar con la dependencia que tenía de los puertos y de las tasas argentinas. Para eso era fundamental encontrar una otra salida al océano Atlántico con el fin de canalizar sus exportaciones. En los inicios del siglo XX, la solución estaba pensada de acuerdo con el gobierno brasileño: construirían ferrovías que unieran las importantes ciudades de ambos países y podrían intercambiar sus productos allí.

El acuerdo se inició con el Tratado de Petrópolis (1903), que solucionó el conflicto a través de la región del actual Acre brasileño y que, entre otras cosas, señalaba que Brasil debería compensar la derrota boliviana dándole a ese país parte del territorio del Chaco (que se convirtió en brasileño tras la Guerra Grande), y que

el ganador construiría ferrovías con el fin de crear una “válvula de escape” para las exportaciones bolivianas. Además de ser un medio de intercambio comercial entre ambos países, de este “esfuerzo” nació la famosa vía Madeira-Mamoré, una línea que unía el puerto de San Antonio con Villa Bella, en Bolivia. La línea fue construida, pero quedó en la mitad. Se trataba de una inversión cara y que además de haber sido hecha por un Brasil con dificultades económicas por las crisis internas y los gastos con la Guerra Grande, sufrió por la crisis del caucho en territorio boliviano. Se presentaron otros proyectos. No hubo consenso. No había dinero en ambos lados y las alternativas no se concretaron.

A finales de la década del 20, Bolivia aún dependía de los puertos argentinos, de la línea férrea chilena y no contaba con ningún tipo de salida a través de Brasil. En resumen, el país estaba sofocado en sus propias dimensiones, además de presenciar el deterioro de su economía tras una serie de graves factores históricos que se iniciaron desde el agotamiento de sus minas de plata, en los años 60 del siglo 19, su derrota militar y económica ante Chile un par de años después, hasta la crisis del caucho de inicios del siglo 20. Para colmo, con la crisis mundial de 1929, los precios internacionales (y del estaño, principal fuente de entradas bolivianas) bajaron de manera drástica. Era la frutilla faltante sobre la deshecha torta económica nacional. En tal sentido, el presidente Salamanca asume el mando de un país en medio de dificultades económicas y se pone en marcha para concretar una de las promesas de su campaña: la penetración “pacífica” del Chaco. Adentrarse en la región para de allí llegar a los ríos paraguayos se convirtió en la solución más cercana, viable y atractiva para desahogar la producción boliviana y regenerar la nación.

A su vez, Paraguay aún estaba involucrado en permanentes disputas internas que hacían suceder gobiernos tras gobiernos (golpes de estado) y que tenían una conexión indudable con el exterminio humano y social que la Triple Alianza (Brasil, Argentina y Uruguay) había cometido en la conocida Guerra Grande (1838-

1851), que redujo la población local en cerca de un 75% y destruyó buena parte de lo que había producido el país en el siglo 19 (desde avances tecnológicos y sociales hasta registros bibliográficos). Como resultado de este exterminio, Paraguay había sido redimensionado según quisieron los ganadores y ahora estaba bajo dominio económico argentino, que se infiltraba en los sectores de producción y comercio del país. Nos dice Moniz:

Según la percepción del diplomático brasileño Ronald de Carvalho, oficial del gabinete del Canciller Octavio Mangabeira, Paraguay, en 1927 era una “verdadera provincia” o una clase de “feudo” de Argentina, unido a ella por el Tratado de Comercio de 1916, que había creado un régimen de franquicias y sanciones aduaneras con el fin de permitir el libre comercio entre ambos países.

Junto con la presencia de la Argentina, ya que había intereses económicos en juego, Paraguay se ve como un territorio libre para la infiltración de la Royal Dutch Shell, que se supone que ya dominaba los círculos políticos de la primera. Esta idea gana fuerza si pasamos por la capital porteña y nos damos cuenta de que en esta época el país empezaba a vivir la llamada “Década Infame”, que se originó con un golpe militar que sacó del poder al radical Hipólito Yrigoyen y que además de eso tuvo como una de sus primeras acciones la intervención (bajo indudable influencia de empresarios, dueños de bancos y magnates británicos de los hidrocarburos) de YPF, la primera estatal petrolera del mundo y que realizaba un trabajo pionero de nacionalización de este recurso natural.

Más allá de Argentina, Paraguay también estaba bajo presión y contaba con la presencia del Brasil, cada vez más preocupado por la hegemonía de Buenos Aires en todo el continente. Brasil no quería perder influencia sobre el Paraguay, ya que éste todavía era soberano en vías fluviales importantes, lindaba con la región de Mato Grosso (que, aunque sea una zona poco poblada de Brasil,

tiene una de las mayores riquezas ecológicas en el mundo). Además de ello, el presidente Getúlio Vargas temía que la Argentina, al fortalecerse más que el Brasil tras la Guerra Grande, estuviera retomando una especie de voluntad expansionista, lo que se concretaría con el restablecimiento del Virreynato del Río de La Plata. Por lo tanto, era fundamental detener el avance paraguayo-argentino en territorio boliviano.

A pesar de tantos temores frente al crecimiento argentino, Brasil asume una supuesta neutralidad en la guerra del Chaco. Si hubiese apoyado a Bolivia, así sea para enfrentar el pensamiento expansionista argentino, hubiera creado antipatía en las esferas políticas paraguayas. Además, Brasil estaba en indudable desventaja económica y bélica en comparación con la Argentina.

La historiografía corriente destaca la disputa “subterránea” de la Royal Shell y la Standard Oil alrededor del territorio chaqueño. Se supone que fueron ellas las que impulsaban a ambos países a matarse entre sí. Por un lado, tenemos la multinacional británica manejando “las marionetas” de la Argentina y el Paraguay. Por otro lado, el dragón yanqui al comando del gobierno y del ejército boliviano. Las acusaciones son aun más severas en contra de la empresa estadounidense que con los altos precios del crudo había puesto sus máquinas en Bolivia (donde el crudo estaba a casi la mitad) con el fin buscar petróleo, que había dominado la política local, importado los mismos recursos monopolistas ilegales practicados y a la vez combatidos en EEUU y además, tuvo suerte con el descubrimiento de importantes pozos de petróleo en el área del Chaco.

La voz común sostiene que dichas empresas controlaban a los gobiernos locales para avanzar en su disputa del territorio que se suponía rico en este recurso natural con el fin de ganar una ventaja comercial importantísima en aquel cuadro de lucha por los mercados mundiales. Donde hay petróleo, hay dinero. Donde hay dinero, hay intereses políticos para el mantenimiento de ese acceso. Y si los intereses políticos son afectados, aumentan las probabilidades de conflictos.

En 1932, el regimiento boliviano llamado “Lanza” ocupa el fortín paraguayo “Antonio Carlos López”. Empezaba así un capítulo de sangre más en la historia del continente sudamericano.

Naturalización de los culpables

En su tesis, Archondo refuta la afirmación casi naturalizada de que la Standard Oil fue la que motivó la guerra y que con la debilidad de los países involucrados tendría el camino libre a la explotación del petróleo encontrado en la región del Chaco.

La cuestión es muy compleja. Tanto es así que cualquier argumento o exposición de los hechos ocurridos deben ser vistos con una afilada mirada crítica y deben ser objeto de una amplia pesquisa acerca de los momentos económicos, políticos y sociales de los países involucrados.

El hecho es que la Guerra del Chaco movilizó más que a Bolivia y al Paraguay solamente. La argumentación de Archondo penetra en un campo más refinado de las causas, jugando no solo con el lado concreto de las causas de la guerra, sino con un cuestionamiento que requiere un poco más que la sobreposición de fechas y enumeraciones ordenadas de estas motivaciones.

Archondo toca, en mi opinión, en dos teclas fundamentales con el fin de darle una lectura alternativa al conflicto: la necesidad del gobierno y del pueblo boliviano de exorcizarse en relación a la Standard Oil y el posible aumento del protagonismo argentino en el conflicto como el principal beneficiario de la sangre ajena.

El primer hecho a pensar es que la Royal Dutch Shell, que se suponía era una de las alentadoras del conflicto, “no llegó a explorar petróleo en la zona”, y que no hay pruebas que evidencien su influencia tan difundida en la economía guaraní. Al contrario, se dice que en este momento la empresa más importante en el país era estadounidense y se dedicaba a la vida agrícola y a la ganadería.

Además, el autor afirma que la idea casi naturalizada de una Standard Oil moviéndose para garantizar su permanencia carece de evidencias concretas. Archondo nos enseña que el gobierno estadounidense, personificado por Roosevelt, no apoyaba a la empresa de su propio país. En ese momento se daba en EEUU una verdadera batalla en el Senado contra los monopolios y los métodos coercitivos de Rockefeller para mantener su negocio.

Otro dato fundamental es que, al contrario de lo que se dice, Bolivia era considerada por la Standard Oil un espacio de reserva de mercado. No está de más decir que el país estaba lejos de ser una prioridad para aquella empresa, principalmente dentro de una configuración mundial cada vez más disputada y difícil.

Este dato nos lleva de pronto a una de las principales causas de esta falta de interés estadounidense en la explotación del petróleo boliviano. Encontrara o no el hidrocarburo, la empresa yanqui se enfrentó al hecho de que las posibilidades de exportación fueran reducidas a casi cero antes de la guerra misma.

En 1929, la Standard Oil sabía de la posibilidad de que exista petróleo en territorio chaqueño. Por tanto, también sabía de la necesidad de sacarlo de Bolivia. Como las vías de exportación estaban bloqueadas, constató que el camino más viable en lo económico y logístico sería por los gasoductos, cruzando la Argentina por el Norte y llegando a otros mercados a través del puerto de Buenos Aires. En ese sentido, la empresa le propuso un acuerdo comercial al gobierno de Hipólito Yrigoyen.

Lo que pasa es que, como ya se ha dicho, el país liderado por el presidente radical estaba bajo una clara influencia política de los ingleses, principales propietarios de transportes en territorio argentino y rivales comerciales de los estadounidenses. Además el presidente había invertido de una manera inédita en una estatal petrolera, YPF, y en la lucha por el hidrocarburo como riqueza nacional, algunos expertos indican el rasgo antiimperialista (la contradicción es que excluía al “imperio británico” de este concepto) de las decisiones políticas de Hipólito Yrigoyen, que ya habían

sido demostradas en sus actitudes frente al gobierno de EEUU al enfrentar la presión de este último para que las naciones de Latinoamérica también participaran del bloque aliado durante la Primera Guerra Mundial. Entre otras medidas, una de sus reacciones fue declarar su neutralidad con el fin de repudiar la agresiva política diplomática estadounidense. Además de eso, dice el historiador Felipe Pigna:

“Yrigoyen condenó la política intervencionista de EEUU en América Central y apoyó la resistencia de Sandino en Nicaragua, trazando así una política exterior con ciertos rasgos de autonomía, en la medida en que ésta no afectara la relación con Gran Bretaña”.

No es ninguna sorpresa entonces que Argentina haya rechazado el acuerdo comercial propuesto por el gobierno boliviano a la Standard Oil orientado a dejar pasar petróleo chaqueño por su país. Este hecho fue decisivo, porque hizo imposible económicamente que el gigante estadounidense pudiera exportar el hidrocarburo boliviano a otros mercados. Se suponía, por lo tanto, que la posibilidad más inmediata sería tomar el territorio paraguayo y usar los puertos de ese país para tal fin. Sin embargo, algunos datos fundamentales nos pueden hacer repensar dichas motivaciones.

Archondo cita al historiador Leslie Rout y argumenta que otra posibilidad más allá de un oleoducto cruzando el norte argentino hasta el puerto de Buenos Aires sería una “aventura temeraria”. En criollo, exportar el petróleo desde Paraguay tampoco era viable.

El primer factor era la profundidad de los ríos paraguayos. Ninguno de los navíos registrados por el gobierno estadounidense, ni tampoco los que utilizaba la Standard Oil, estaban aptos para navegar en vías fluviales por más de siete meses en el año y con una profundidad de poco más de 12 pies. Claro está que el transporte tendría que haber sido por una red de tubos subterráneos. De todos modos, había que llegar a algún puerto para salir de la región. Sin

embargo, de acuerdo con un estudio hecho en la época, ni siquiera los puertos paraguayos ofrecían las condiciones necesarias para eso. Por ejemplo no tenían tanques de almacenamiento adecuados.

Estos argumentos son incisivos al hacernos pensar en el tema de la presión de la Standard Oil para financiar la guerra con el fin de abrir paso a los puertos paraguayos. Como nos dice Archondo, *“el petróleo boliviano deja de ser interesante para Standard Oil en 1929, cuando ella recibe la negativa del gobierno argentino”*.

La pregunta entonces es la siguiente: ¿por qué apoyar a la guerra por un recurso natural que a ella no le interesaba? Y, ¿por qué hacerlo en un momento difícil dentro de su propio país y con la disputa voraz por los mercados internacionales de la post-guerra y durante los albores de la Gran Depresión?

No es el fin de este texto detallar y concluir esta y otras cuestiones relativas al período. Sin embargo, es interesante mostrar las conclusiones (igualmente, no definitivas) de Archondo acerca del desarrollo del conflicto, lo que seguramente traerá más luces sobre el hecho y los hechos que corresponden. Como se ha dicho antes, el autor, en nuestra opinión, destaca dos datos relevantes en el juego discursivo de los titiriteros: la característica exorcizante de la guerra para el pueblo y el gobierno boliviano y el beneficio de la Argentina en este caso.

En el primer caso, la guerra, conscientemente o no, pudo haber servido como una manera usada por el gobierno boliviano para acelerar el proceso que se llevaba en todo el mundo: la nacionalización del petróleo. Nos situamos en un campo más subjetivo, aunque hablemos aquí de una especie de “sujeto colectivo y nacional”. Se entiende por nacional la esfera política que dominaba el país en esta época. Exorcizar a la Standard Oil sería una herramienta para culpar a algo “de afuera” por la tragedia “de adentro”. Y en este caso, encontrar un culpable que no fueran ellos mismos por lo menos retóricamente, sería crear una clase para la unidad, de concordia nacional que justificara y fuera embajadora de actitudes políticas decisivas que se llevarían a cabo desde aquel momento.

Este pensamiento es más evidente luego de que sabemos que en 1935 se descubre que la multinacional estadounidense había construido un oleoducto que contrabandeaba de Bolivia una parte del hidrocarburo producido y se lo llevaba a la Argentina. Lo hacía clandestinamente, por supuesto. La empresa alegó en su defensa que se trataba de una manera de ayudar a los trabajadores de una de sus sucursales en ese país. Además se averiguó que la Standard Oil llegó a evadir cerca de dos millones de pesos bolivianos entre 1922 y 1936. Los hechos ayudaron a que se creara un imagen de que la empresa de Rockefeller, más allá de promover la guerra usando sangre boliviana, ayudaba económicamente a la Argentina, principal aliado de su rival, el Paraguay. Exorcizar al “monstruo yanqui” sería parte de la redención del pueblo de aquella nación que compensaría por lo menos en un nivel simbólico las muertes sufridas. Obviamente, pocos años después, el gobierno militar boliviano crea su propia YPFB y nacionaliza el petróleo.

En el segundo caso, dice Archondo, es interesante que veamos que “(...) *Lo que antes había sido rehusado y actuado directamente según las ganas de ocupar el territorio chaqueño y las vías fluviales paraguayas, ahora era aceptado sin barreras burocráticas y con indudables ventajas económicas para ella*”.

Archondo concluye su trabajo con algunas cuestiones que nos hacen pensar acerca de este juego de culpables y motivaciones en eventos tan importantes como trágicos en la historia de nuestro continente.

“Comprobamos aquí que el argumento del titiritero era igualmente ventajoso para los objetivos políticos de los gobiernos del Paraguay, la Argentina y Bolivia. En los tres casos era conveniente buscar un culpable de las hostilidades en el Chaco a fin de poder actuar después sin asumir grandes responsabilidades. El ejército boliviano tenía a quien culpar de la derrota (la Standard Oil sabotó la causa nacional), el régimen paraguayo podía acusar a Bolivia de haber sido utilizada por

el capital extranjero (como lo hizo) y la diplomacia argentina podía lograr petróleo a buenos precios y muy cerca de sus centros de consumo”.

Complejidad y vacío histórico

El tema es de los más complejo y delicado. No solo por la sangre derramada, sino por la cicatriz política y económica que dejó en los dos países, principalmente, y en la vida de los hijos y nietos de aquellos que quedaron en el campo de batalla. La grandeza de los hechos, sin embargo, no corresponde a la atención dada al conflicto. Por lo menos en Brasil, los datos históricos son escasos, difusos y contradictorios. Necesitamos urgentemente una mejor y más constante mirada académica y de los medios sobre estas cuestiones.

En Brasil, uno aprende a ver los asuntos latinoamericanos con frialdad y distancia como si el país no tuviera ningún rol en la escena histórica de las naciones hermanas. Si la Guerra del Chaco no nos ha afectado directamente, es imprescindible que nos demos cuenta de su relación directa con los temas actuales y con la situación igualmente compleja de nuestra realidad.

De este modo, podríamos escuchar antes de hablar, y preguntarnos si realmente no necesitamos entender mejor los movimientos del pasado. Por lo menos para mirar con más autonomía los títulos y argumentos que se nos llegan, errantes, de una parte del mundo que está cerca de nosotros, pero que desconocemos.

Como dice el experto estadounidense boliviano, Herbert Klein, ¿veríamos que luego de esta guerra las ideas de grupos radicales que se profundizaron en el país y que luego de violentas luchas se desató en la concreta Revolución de 1952? ¿Nos daríamos cuenta de que este hecho tiene relación directa con el movimiento obrero-campesino y con la afirmación indígena boliviana que llevó al cocalero aymara Evo Morales al poder en la actualidad junto con su renacionalización de las riquezas naturales? ¿Y que es comprendiendo esta línea del tiempo y de hechos que podemos pensar críticamente la relación de comercialización actual del gas entre nuestros países y

que en otras situaciones creó una polémica casi violenta entre el gobierno boliviano y Petrobras el año pasado?

¿Nos daríamos cuenta de que la gravedad y una cierta “imperialidad” de nuestras actitudes ejemplificadas por la Guerra Grande y por la presión diplomática ejercida durante el conflicto en el Chaco pudieron haber generado consecuencias decisivas en una nación devastada? ¿Que la Guerra del Chaco fortaleció a los militares victoriosos e implementó en el país una especie de nacionalismo totalitarista que, como sabemos al repasar la historia de nuestro propio país, solo es dictatorial para la mayoría, pero interesantemente liberal para las oligarquías, las élites industriales y el capital extranjero (por lo menos el capital extranjero nocivo)? ¿Que los “hijos de la revolución” hicieron, entre otras cosas, un arreglo bastante dudoso con la hidroeléctrica binacional de Itaipú (que le sacaron a la fuerza de los paraguayos tras la guerra) en los sesenta? ¿Y que esto ha culminado en la complicada situación diplomática entre ambos países hoy en día?

¿Veríamos con más humildad nuestras certezas ante la complejidad de la historia y de nuestro propio desconocimiento de los hechos? ¿Aprenderíamos a dialogar y a construir de manera conjunta soluciones prácticas y aunque casi utópicamente afectuosas para los conflictos y las demandas continentales? ¿O aceptaremos las órdenes de parte de los principales medios y movimientos sociales que, a pesar de que se diferenciaren en cada oportunidad que tienen cuando actúan de modo unilateral (y lo hacen a menudo), son idénticos en su crítica acéfala y su ceguera sorda? ¿Será que nos daríamos cuenta de que “tener razón” solos es la prueba triste e irrefutable de que nos equivocamos colectivamente?

Tal vez la Guerra del Chaco, tan olvidada por la historia oficial en nuestro país, pueda brindarnos algún camino que nos lleve al entendimiento de una realidad que, aunque sea compleja y tenga una gran variedad de signos y hechos, no debe ser entendida de forma simple.

Los culpales, como nos enseña Archondo en este estudio, tal vez no sean necesariamente los que deseamos que sean.

Bibliografía

- ARCHONDO, Rafael. La Guerra del Chaco: ¿hubo algún titiritero? Análisis de “culpables” en un conflicto entre dos países pobres y tres pozos de petróleo. *En publicación*: CIDES, Postgrado en Ciencias del Desarrollo, UMSA, Universidad Mayor de San Andres, La Paz, Bolivia: Bolivia. Diciembre. 2005
- ANDRADE, Everaldo de Oliveira, 2007, A revolução boliviana, Editora Unesp, São Paulo, Brasil.
- ARNADE, Charles W, “Foreword” en Zook, op. cit., p. 13.
- BANDEIRA, Moniz, 1998, Guerra do Chaco, Revista Brasileira de Política Internacional - volume 41 número 1, Brasília, Brasil.
- FREIRE, Eduardo Maganha, 2008, Bolívia: Crise de coesão territorial no coração da América do Sul (tesis), USP, São Paulo, Brasil.
- KLEIN, H. S, op. cit, pp. 230-32 y “David Toro and the Establishment of «Military Socialism» in Bolivia”, The Hispanic American Historical Review, 45 (1965), pp. 25-52. passim; R. Zavaleta, Lo nacional, p. 261.
- LINERA, Álvaro Garcia, 2008, La potencia plebeya: Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia, Prometeo Libros, Buenos Aires, Argentina.
- <http://oglobo.globo.com/economia/miriam/post.asp?t=venezuela-bolivia-mais-fumaca-que-fogo&codPost=56625&a=73>**
- http://ultimosegundo.ig.com.br/opiniao/alberto_dines/2009/02/13/somos+todos+socialistas+4048968.html**
- <http://www.brasildefato.com.br/v01/agencia/analise/por-que-hugo-chavez-ganhou>**